

RESEÑA

MARINA MARTOS FORNIELES

Universidad Autónoma de Madrid

marina.martos@estudiante.uam.es

TONI BATLLORI, PERE LED & JOSEP MANUEL UDINA, *Hic et nunc. Aquí y ahora... seguimos hablando latín*, Gedisa, Barcelona, 2015, 222 págs. [ISBN: 978-84-9784-928-9].

Según se advierte en su presentación (págs. 15-16), el libro que aquí reseñamos no es un diccionario, a pesar de que recoge y expone su material por estricto orden alfabético, ni tampoco es un cómic, aunque pueda parecerlo por los divertidos dibujos que lo ilustran. Lo que este libro se propone, a nivel divulgativo y con un toque de humor, es simplemente recopilar expresiones y palabras latinas que seguimos empleando en nuestra vida cotidiana y explicar su significado y a veces también su origen. De esta recopilación y estas explicaciones se ha encargado el teólogo y profesor de filosofía Josep Manuel Udina, desarrollando una idea del catedrático de bachillerato Pere Led, que aporta también, al final del libro (págs. 205-215), una muestra de la presencia del latín en la calle y en la prensa escrita, y todo ello viene aderezado con las viñetas creadas *ex professo* por Toni Batllori, conocido dibujante de publicaciones como *La Vanguardia* o *El Jueves*. La primera edición del libro se publicó en catalán, unos meses antes de esta edición en castellano, y en la presentación Udina anuncia una segunda edición castellana ampliada y revisada que, por desgracia, no pudo ver, debido a su fallecimiento en noviembre de 2014.

Entrando ya en materia, todos sabemos que Roma nos ha legado no sólo su arte y su literatura, su derecho y su arquitectura, sino también su lengua, pues el castellano no es más que la evolución del latín que se hablaba en la península ibérica, influido por las lenguas germánicas primero y luego por la lengua que hablaron los invasores musulmanes desde comienzos del siglo VIII en adelante. Pero aunque han transcurrido ya más de dos mil años desde la conquista romana de Hispania, y pese a la gran influencia ejercida también por otras lenguas que durante ese tiempo

fueron moldeando la nuestra y haciéndola evolucionar (el francés y el inglés, sobre todo, pero también otras como el náhuatl de los indígenas mexicanos), el latín pervive en ella más de lo que a primera vista pudiera pensarse. No ya sólo en el léxico en general, la mayor parte del cual *procede* obviamente del latín, sino en particular en una serie de palabras, expresiones y frases hechas que *son* latín, tal como lo hablaban Cicerón, Horacio o Quintiliano; frases que se han conservado intactas hasta hoy y que seguimos empleando para indicar múltiples cosas y en multitud de contextos, pese a que todas tienen su correspondiente en castellano.

Como reza el reclamo editorial de la contraportada, «de la gran Roma no han perdurado sólo el anfiteatro de Tarraco o la muralla de Barcino; también han llegado hasta hoy, en mejor estado y sin ninguna pérdida, *mea culpa, spa, cum laude* o *alea iacta est*. Unas frases provienen del derecho (*dura lex, sed lex*), la filosofía (*ex nihilo nihil fit*) o la tradición cristiana (*quo vadis*), otras de la literatura (*carpe diem*), la historia (*ave Caesar, morituri te salutant*) o el saber popular (*excusatio non petita, accusatio manifesta*)». La mayoría de nosotros las oímos o utilizamos en nuestra conversación diaria, tanto más cuanto mayor sea nuestro nivel cultural, pero todos nos encontramos con ellas en cualquier momento y lugar, desde los medios de comunicación hasta los rótulos de muchas tiendas y los logotipos de muchas marcas comerciales, desde las inscripciones en estatuas y monumentos de cualquier ciudad hasta la jerga de nuestros abogados y políticos.

El libro recoge más de 500 palabras o frases latinas de este tipo, y eso que los autores reconocen (pág. 18) que, por exigencias editoriales, se han visto obligados a reducir la lista para no alargar demasiado el volumen (eliminando por ejemplo expresiones como *mea culpa* o *status quo*), aunque tienen el acierto de incluir un anexo final (págs. 193-201) con varias decenas de abreviaturas y siglas latinas que, del mismo modo, se siguen utilizando habitualmente en la actualidad (como *R.I.P., cf., etc.*). Sin embargo, a pesar de esta profusión de expresiones latinas en nuestra lengua, los autores son conscientes de que a menudo no sabemos emplearlas con corrección porque confundimos su sentido o simplemente porque no las acentuamos bien; así, Udina dice en la introducción que la obra es útil «para que sepamos qué quieren decir palabras o frases latinas cuyo significado a menudo desconocemos o que sencillamente no acentuamos de manera correcta» (pág. 16).

En este sentido, tras la «Presentación» del libro a cargo de Udina (págs. 15-18), una introducción gráfica de Batllori titulada «Pequeña historia de cómo llegamos hasta aquí» (págs. 19-22) y un breve prólogo del periodista y escritor Enric Juliana (págs. 23-26), se recogen unas «Indicaciones previas» (págs. 27-29) la primera de las cuales advierte que, «para evitar acentuaciones incorrectas —el latín no es hoy demasiado conocido— se subra-

yan siempre y únicamente las vocales tónicas de las palabras esdrújulas». Hemos de decir, sin embargo, que esta solución de subrayar la vocal tónica de las palabras esdrújulas «para evitar acentuaciones incorrectas» nos parece poco afortunada; puestos a buscar algún signo, podíamos haber usado el mismo que tenemos para tal cometido en nuestra lengua, o sea la tilde. Además, esta norma no siempre se cumple en el libro, pues a menudo encontramos palabras esdrújulas sin el correspondiente subrayado: véase, por ejemplo, en la pág. 62, la entrada *corruptio optimi pessuma* (en vez de *optimi pessuma*); en pág. 68, la entrada *de principiis non est disputandum* (en vez de *principiis*); en pág. 70, la entrada *devotio iberica* (en vez de *iberica*); o en pág. 146, las entradas *nulla dies sine linea* (en vez de *linea*) y *nulla esthetica sine ethica* (en vez de *esthetica*, con un latinismo moderno que, a juzgar por su origen, debería ser *aesthetica*). Y a veces se hace mal: véase, por ejemplo, en la pág. 42, la entrada *ancilla theologiae*, con una inusitada y complicadísima sobresdrújula, en vez de la esdrújula correcta *theologiae*.

También en el contenido de las entradas encontramos de vez en cuando alguna explicación discutible o incluso abiertamente errónea: así, por ejemplo, en la entrada *cunnilingus* se dice que este término, «que significa la estimulación de los órganos sexuales femeninos con la lengua y los labios, delata el traspaso directo al castellano de la correspondiente palabra latina» (pág. 64). Pero aquí, en realidad, lo que se ha traspasado al castellano es la forma y no el sentido, porque es sabido que, en latín, el término *cunnilingus* no significa la acción de «lamer la vulva» (*cunnum lingere*), sino el agente de esa acción (*is qui cunnum lingit*); además, el préstamo, con ese peculiar cambio semántico, es muy reciente: la primera aparición en español, según el *Corpus de Referencia del Español Actual* (CREA) de la Real Academia Española, no se documenta hasta 1978.

A pesar de estas objeciones, hemos de reconocer que el libro es grato de leer y cumple con creces su objetivo último, que no es otro que recoger y explicar los latinismos más comúnmente usados todavía hoy y demostrar que, mediante estas expresiones, el latín continúa plenamente vigente en nuestra manera de hablar.